

LA PSICOLOGIA TRAVIESA DEL GUERRILLERO Y SU  
COINCIDENCIA CON LA DEL PILOTO DE COMBATE  
Y CON LA DEL CAZADOR

(Vislumbres de Galdós, Baroja, Valle-Inclán, Ortega,  
Unamuno y otros)

Anthony Gooch

'La travesura (pues no es otra cosa que travesura) de los grandes guerrilleros...'

— *Galdós*

'El enemigo avanza, nosotros nos retiramos;  
el enemigo acampa, nosotros le hostilizamos;  
el enemigo se cansa, nosotros le atacamos;  
el enemigo se retira, nosotros le perseguimos'

— *Mao Tse-tung*

'Corazón de león, pies de liebre y vientre de mosca'

— *Dicho popular español*

I. *El espíritu aventurero e inquieto;  
el afán de vida emocionante y de lucha*

Elemento esencial de la psicología guerrillera es el espíritu aventurero e inquieto, el espíritu del barojiano Zalacaín y de muchos de los de la partida del Empecinado de la novela de Galdós: «...están aquí porque les gusta esta vida vagabunda, aventurera, en la cual aparece la fortuna detrás del peligro. Son sobrios, se alimentan con poco, y no gustan de trabajar. Yo creo que si la guerra durase largo tiempo, costaría mucho obligarles a volver a sus faenas ordinarias. El andar a tiros por montes y breñas es una afición

que tienen en la masa de la sangre y que mamaron con la leche. ...[Algunos] desean la guerra eterna, porque así cuadra a su natural inquieto» (*Juan Martín, El Empecinado*, IX).

Como dice Carlos Martínez Campos, en *Figuras históricas: Zumalacárregui*, «El guerrillero auténtico es un hombre cuyos ideales están directamente conectados con la aventura»; lo que busca, sobre todo, es una vida activa, emocionante, apasionante que le llene de entusiasmo. Tal vida la encuentran los empecinados en la guerra de la Independencia, en la lucha contra los franceses, igual que, en los dos conflictos mundiales y en la Guerra Civil española, muchos jóvenes la encontraban en el combate aéreo. Las palabras que siguen son del as español García Morato: «Cuánto duró [aquello] no lo sé; nos olvidamos del tiempo con el entusiasmo del combate, y nada nos importaba; era algo sublime, magnífico... ¡Qué emoción la de la lucha! Picados, tirones...; las ametralladoras disparando constantemente...; un instante la vida, otro la muerte... Olvidado de todo y de todos, mi única preocupación era derribar más y más enemigos... ¡Qué magnífica esta vida del piloto de guerra! Momentos de emoción única allá en el cielo, momentos de emoción grande también aquí, en la tierra, recordando, viviendo de nuevo aquellos instantes inolvidables... Ya estaba una vez más por completo en mi elemento, volando, volando constantemente» (*Guerra en el aire*, pp. 62, 67, 75).

Y, ahora, oigamos al canadiense W. A. Bishop: «La emoción de la caza me producía una gran exaltación y la sensación de que lo único que me interesaba era continuar en la brecha, seguir luchando, luchar sin tregua. Creo que en mi vida he sido más feliz. Tenía la impresión de haber dado con una actividad que me apasionaba y llenaba más que cualquier otra. Para mí, el combate aéreo no era un oficio ni una profesión, sino, simplemente, un maravilloso juego... Parecía que lanzar acrobáticamente por los aires el aparato era, desde luego, el mejor deporte que jamás se hubiera ideado. ...cogí y me pasé una hora volando nada más que por el gustazo de hacerlo. No cabía una vida más grata» (*La guerra con alas*, XIII).

Compárense las siguientes palabras de un personaje de la novela galdosiana: «Esta gente se ha echado al campo por dar gusto al dedo, meneando el gatillo» (*El Empecinado*, I).

Valle-Inclán, como Baroja, gran gustador vicario del espíritu guerrillero, habla, en su obrilla *La media noche: visión estelar de un momento de guerra*, de la tremenda impresión de fuerza y belleza que le produjo un vuelo nocturno sobre las trincheras de Flandes, y de los 'alegres oficiales locos del vértigo del aire, como los héroes de la tragedia antigua del vértigo erótico' (cap. IV). Y también García Morato comenta la especial emoción del vuelo nocturno: «Volar de noche es siempre magnífico; pero aún más en tiempo de guerra» (op. cit., p. 48).

Por otra parte, Ortega y Gasset, refiriéndose a la emoción de la caza, nos

dice que es 'un drama, una tragedia zoológica', en la cual todos los elementos —cazador, pieza y ambiente— llegan a la plenitud de su ser (*La maza: Vacaciones de humanidad*)

Guerrillero, aviador y cazador: todos comparten el mismo afán de buscar la aventura y de huir de la gris vulgaridad cotidiana, de la vida insulsa, anodina, carente de alicientes; buscan la manera de vencer el tedio, de echarle a la existencia pasión, sal, gracia, en una palabra, atractivo: «La vida es, de suyo, insípida», dice Ortega, «porque es un simple 'estar ahí'. De modo que existir se convierte para el hombre en una faena poética, de dramaturgo o novelista: inventar a su existencia un argumento, darle una figura que la haga, en alguna manera, sugestiva y apetecible» (op. cit.: *Caza y felicidad*). Y Ramón Sender nos dice, en *Valle-Inclán y la dificultad de la tragedia*, que los españoles de espíritu aventurero son 'capaces del sacrilegio para defenderse del tedio o de la sensación del vacío en el alma' (p. 85).

Volvamos a oír hablar a Galdós en su descripción del Empecinado: «Estaba formado su espíritu con uno de los más visibles caracteres del genio castizo español, que necesita de la perpetua lucha para apacentar su indomable y díscola inquietud, y ha de vivir disputando de palabra u obra para creer que vive» (op. cit., cap. V).

Dicha afición a la disputa y a la lucha —Eugenio D'Ors decía que la vida española era un perpetuo motín de Esquilache— conlleva una fuerte propensión a la contradicción, en el sentido de contradecir, de llevar la contraria, postura de signo negativo: cuando la francesada, parecía con frecuencia que, en Cádiz, no se sabía a ciencia cierta lo que se quería; sin embargo, en el país en general, sí se sabía, y muy bien, lo que no se quería: no se quería la dominación francesa. La idea instintiva de luchar contra el invasor inspiraba un entusiasmo incontenible. Y entonces nació lo que Galdós llama 'la pícaro afición' al 'militarismo silvestre': «Napoleón, aburrido al fin, se marchó con las manos en la cabeza, y los españoles, movidos de la pícaro afición, continuaron haciendo de las suyas en diversas formas, y todavía no han vuelto a casa» (op. cit., cap. V). Había triunfado el espíritu de la *travesura*.

## II. *El espíritu de mando; soberbia, insumisión e independentismo; desorden, anarquismo y libertad*

Otro elemento fundamental de la psicología guerrillera es el espíritu o la vocación de mando, o bien, según la frase de Marañón, 'la pasión de mandar', de ser jefe, de ser caudillo. Ya Gracián decía que «la nación española es por naturaleza señoril; se aplica al mando» (*El Discreto*, II), y en *La malquerida* de Benavente, encontramos la siguiente gráfica expresión del mismo concep-

to, en boca del personaje llamado El Rubio: «A mí me sobra too; yo no bebo, no fumo, toos mis gustos no han sío siempre más que andar por esos campos a mi albedrío; lo único que me ha gustao siempre, eso sí, es tener yo mando... yo no quieo naa más que tener mando, eso sí, mucho mando» (Acto III, Escena VII).

En *Otra historia de España: La familia de Carlos IV*, Fernando Díaz-Plaja dice que «la base del movimiento guerrillero es el jefe que se impone a los demás y manda mientras no fracase», y, en *Zumalacárregui*, Carlos Martínez Campos declara que «El guerrillero es la quintaesencia de un jefe. Lo sabe todo, y no sabe nada. Tiene gran confianza en lo que piensa. Tiene orgullo».

Pero, casi más importante que mandar es que no le manden a uno. Martínez Campos nos dice que, ya en tiempos de Viriato, las tribus ibéricas «estaban siempre en guerra para no ser subyugadas por las más próximas», y, en *El Empecinado*, Mosén Antón Trijueque confiesa que ha hecho traición para librarse de 'una superioridad que le era insoportable': «Hice traición para desposeerte de un puesto que, en mi entender, me pertenecía; para emanciparme de una superioridad que me era insoportable, porque yo, Mosén Antón Trijueque, no quepo debajo de nadie, ni he nacido para la obediencia; porque yo he nacido para llevar gente detrás de mí, no para ir detrás de nadie; porque yo... necesito dar pasto a mi iniciativa; porque mi cerebro pide batallas, marchas, movimientos y operaciones que no puede realizar un subalterno; porque yo necesito un ejército para mí solo, para mi propio gusto, para llenar todo este país con mis hazañas... me dispuse a caer sobre ti y a aniquilarte, para que vieses cómo se burla esta águila poderosa de los cernícalos que te rodean... Yo desprecio a todos: me basto y me sobro. Fuerte soy en la adversidad, y no bajo, no, del picacho donde clavo los garfios de mis patas y desde donde os veo como ratas» (cap. XXIX). En el capítulo XIX, el mismo personaje se expresa así: «Juan Martín... se empeñaba en deslucirme... Yo quería mandar por mi cuenta y hacer lo que me diera la gana... no me gusta que nadie se ponga sobre mí... [yo soy] un hombre que sería capaz de afianzar la corona en las sienes del rey José o en las del rey Fernando, según su antojo y voluntad!». Y, volviendo al capítulo XXIX, leemos lo siguiente:

—Desgraciado —exclamó el Empecinado— ¿hay en esa alma alguna otra cosa que bravura?

—Sí —repuso el cura, sombríamente—. Hay algo más: hay ambición de gloria, de llevar a cabo grandes proezas, de asombrar al mundo con el poder de un solo hombre; hay un ansia horrorosa de que ningún nacido valga más que yo, ni pueda más que yo; hay la costumbre de mirar siempre para abajo cuando quiero ver al género humano.

—Bárbaro envidioso —gritó don Juan—, eres capaz de vender a Dios por... envidia, sí, por envidia de que El haya hecho el mundo y tú no...

Aunque de proporciones casi satánicas, la soberbia y la envidia de Mosén

Antón no son más que una forma extremada de la postura de otros muchos. Casi todos los jefes de la novela galdosiana tienen el rey dentro del cuerpo: quieren hacer lo que les da la real, la realísima gana. Si Trijueque le suelta al Empecinado «Te he desobedecido porque me ha dado la gana» (cap. X), no le va muy en zaga Albuñ al espetarle «Yo le digo a mi jefe que me mande fusilar al instante porque no me da la gana de darle el dinero» (cap. XI), y hasta el mismo Juan Martín dice «¿Y si a mí me diera la gana de indultarle a usted, vamos a ver?» (cap. XI).

De mandar, y de mandar a su manera, estos caudillos hacen lo que viene a ser casi un culto religioso, cuya quintaesencia se expresa en la frase 'hacer su santa, su santísima voluntad'.

Como ya hemos comprobado, Mosén Antón se considera un 'águila poderosa' que vuela, solitaria y señera, muy por encima de los demás, y es de notar que también el Empecinado, al preparar 'la más gorda hazaña de nuestra historia', dice que, si los suyos no le quieren seguir, irá él solo (cap. XIV). Aquí ya nos vuelve a parecer válida la comparación con el piloto de caza, que, poseído del afán de llegar a ser as, vuela solo, a gran altura, en busca del romántico combate singular, e igualmente válido el paralelismo con el cazador aislado que, desde elevada peña, otea el campo que hay debajo, ansioso de medir su capacidad con los recursos de la pieza, y, quizás, sobre todo, la comparación con el furtivo, con el cazador que añade a la emoción cinegética el picantillo de realizar su actividad fuera de la ley. Y, a este respecto, no deja de ser significativo que Galdós declare que el guerrillero es hermano espiritual del contrabandista, del salteador de caminos y del bandolero (*El Empecinado*, cap. V).

Sin cabida posible en la organización militar normal, el concepto guerrillero del mando comporta el desprecio de 'los generales de entorchado' y del formulismo castrense. Oigamos a don Vicente Sardina: «Batallitas, eh? Y mandadas por generales de entorchado... Me parece que las veo... Mucha escritura, parte acá, parte allá, oficios en papel amarillo con sello, y mucho de 'Excmo. Sr., participo a Vucencia que, habiéndose presentado el enemigo...' ¡Farsa, pura farsa!» (*El Empecinado*, I).

Los guerrilleros aspiraban a librarse de las limitaciones, de la artificialidad y esclavitud de las grandes unidades del 'hueco y retórico oropel' del Ejército con mayúscula: «Las guerrillas no necesitan, como los ejércitos, mil prolijos melindres para organizarse» (Galdós, op. cit., cap. XXVII). En este sentido, pertenecen, más que a la Historia con mayúscula, a lo que Unamuno llamó la intrahistoria: hay Historia e intrahistoria; hay Guerra y guerrilla. El yo, la fuerza del individualismo y del independentismo, la idea de 'más vale ser cabeza de ratón que cola de león'; todo esto fomentaba la eclosión del grupo reducido, de la partida; lo bueno, lo bonito, era lo pequeño. Por otra parte, como dice Fernando Díaz-Plaja, contra Napoleón intentar la Guerra con mayúscula era un desastre; lo sensato, lo que procedía

era la guerrilla o guerra pequeña, modalidad bélica esencial de toda la historia hispánica: «Guerrillero era Viriato y, en cierto modo, el Cid» (op. cit.: *La familia de Carlos IV*).

Una manifestación significativa del espíritu independiente es el anarquismo que impera en la manera de vestir de los guerrilleros. Son hombres que, rehuyendo instintivamente lo uniforme, rehuyen asimismo el uniforme, y, a base de una pequeña fantasía, se buscan un detalle, un signo externo, una nota de color, un adorno o trofeo cualquiera cogido al enemigo, que les distinga, pues, consciente o subconscientemente, se dan cuenta de lo que vale el atractivo carismático, ese toque personal mágico que hace que unos destaquen mientras que otros siguen sumidos en la grisura. Recordemos, a este propósito, los fantásticos caprichos colorísticos de la escuadrilla del célebre aviador Barón von Richtofen, cuyo 'circo' se componía de auténticos arlequines del aire. Los guerrilleros, pues, campando por sus respetos en esto como en todo, van vestidos con atuendo sui generis, como quieren, 'como les da la gana'.

Otros síntomas del mismo espíritu son la falta de orden, la improvisación y la ya indicada propensión a la desobediencia, todo ello enseñado y aprendido, en España, como nunca antes, en aquella 'gran academia del desorden' que fue la guerra de la Independencia: «La guerra de la Independencia fue la gran escuela del caudillaje, porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte, para otros incomprendible, de improvisar ejércitos y dominar por más o menos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección, y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre. ¿Pero a qué tanta sensiblería, señores? Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma; son el espíritu, el genio, la Historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroísmo, la crueldad inclinada al pillaje» (Galdós, *El Empecinado*, V).

Galdós nos dice que la partida del Empecinado era un pequeño ejército 'sin formación, orden ni concierto' (op. cit., cap. I), y Martínez Campos, en su ensayo sobre Zumalacárregui, afirma que la estrategia del gran general carlista «consistía, precisamente, en el desorden que él buscaba y en los encuentros imprevistos que lograba», y que «cuanto más absurdo parecía un proyecto suyo, más bajas producía».

Como dice Galdós, el díscolo espíritu de la *travesura* da como resultado, en las partidas, una especie de 'anarquía reglamentada', que «reproduce los tiempos primitivos» (op. cit., cap. I) y que, a veces, llega hasta la indisciplina total. Así se explica el aparente contrasentido de que Trijueque y Albuín «merezcan al mismo tiempo la faja de generales por su bravura y cincuenta palos por su desobediencia» (op. cit. X).

Se trata, en esencia, del espíritu de la libertad. «Es», dice Unamuno, «la

libertad, pero la libertad pura, primitiva, sin programa, sin bandera, sin himno; es la libertad del aire de las cumbres; es la vida, es el libre juego de los músculos, del pecho, de la mirada»; es 'la cabra que tira al monte'; es 'la lucha por la lucha' (*Por tierras de Portugal y de España: De Oñate a Aitzgorri*).

III. *Agilidad, ligereza y velocidad;*  
*movilidad y movimiento;*  
*el estado alerta y el ojo avizor;*  
*la sorpresa y la fuerza 'invisible'*

Características ineludibles del guerrillero son también la agilidad, la ligereza y la velocidad.

Ya en la antigüedad, eran célebres las cualidades de los guerrilleros ibéricos que hostigaban a los romanos: la audacia, la destreza y la agilidad; su modo de ataque preferido era el rápido golpe de mano; su defensa oblicua era la ágil huida: «Son ligeros en la carrera; por ello, huyen o persiguen con rapidez; ...Teniendo ligeras armaduras y siendo muy ágiles en sus movimientos y muy vivos de espíritu, difícilmente pueden ser vencidos por los demás. Consideran las anfractuosidades y asperezas de las sierras como su patria, y en ellas van a buscar refugio por ser impracticables para los ejércitos grandes y pesados» (García y Bellido, *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*). Se reunían y se concentraban con suma rapidez, y, con la misma rapidez, se retiraban y se dispersaban.

En *El escuadrón del 'Brigante'*, Baroja dice que «el cura Merino, hombre de poca carne y ligero, cansaba apenas a los caballos» (II, 3), que muchos de sus hombres eran «pastores ágiles, fuertes, que corrían como gamos, montañeses ligeros que corrían por el monte como cabras» (III, 3 y 4). «Agilidad, agilidad sobre todo», dice Unamuno. «Los guerrilleros ágiles, de planta tan ligera como segura, de marcha de zorro... son los que estuvieron a punto de copar a Masséna; son los que, en dos guerras durante el pasado siglo, tuvieron en jaque a los pesados ejércitos nacionales» (*De Oñate a Aitzgorri*). En la guerra de partidas, lo primero que se exigía era la buena andadura. Cabrera «quería gente capaz de realizar grandes jornadas y de caminar por la montaña a una sorprendente velocidad» (Martínez Campos, *Zumalacárregli*). Era todo 'cuestión de geografía, andada ciencia de los pies' (Galdós, *La campaña del Maestrazgo*, VII); 'saber dónde se pisa y pisar firme y pronto' (Unamuno, op. cit.). «El que no tenga buenas piernas», dice Mosén Antón, «que se marche a su casa, porque aquí se vuela» (*El Empecinado*, II). Había que tener 'pies de liebre' y ser 'un leopardo con alas' (Galdós, *Zumalacárregui*, I). Y, muchas veces, las partidas se describían como 'volantes'.

Ello nos hace pensar en el vuelo de verdad y en lo fundamental que resulta, también en la táctica aérea, la velocidad: oigamos a García Morato,

que cuenta en las siguientes palabras una de sus hazañas: «La rapidez con que actúe me permitió incluso convertir en ventaja la desventaja de la menor altura, puesto que, aprovechando una circunstancia favorable, me lancé por sorpresa contra los aviones de bombardeo» [esquivando a los cazas de protección, que volaban a una altura mucho mayor] (*Guerra en el aire*, p. 74).

Por otra parte, Ortega, llamando la atención sobre la estrecha conexión etimológico-semántica que existe entre la rapidez y la ligereza, por un lado, y, por otro, la alegría (<alacer L.), nos dice que, en la alegría de la caza, «la vida adquiere una emoción aerostática, y parece que se levanta, flota leve en todo elemento» (*La caza solitaria*). Volvemos a pensar en los aviadores, en los ya citados 'alegres oficiales, locos del vértigo del aire' que aparecen en *La media noche* de Valle-Inclán. Y, en el capítulo III de *El Empeinado*, leemos que los guerrilleros «iban alegres, animosos, entusiasmados con aquella vida, que, para gente de otra casta, será penosa, pero que, para españoles, ha sido, es y será siempre placentera».

Todos los que escriben sobre el tema hacen hincapié en la movilidad y el movimiento constante de las partidas: el guerrillero no para nunca; ni descansa ni deja descansar. Ya Viriato, que maniobraba 'a base de huidas momentáneas y de reacciones continuadas', insiste en 'la conveniencia de reunirse cada noche en un lugar distinto, y así lograr que el enemigo no conozca el sitio elegido' (Martínez Campos, *Figuras históricas*).

Del cura Merino, nos dice Baroja que: «De las veinticuatro horas del día, se ocupaba de sus tropas lo menos veinte, y a veces las veinticuatro. Merino tenía a sus fuerzas en una continua actividad y en un perpetuo movimiento», con objeto de tener al enemigo, a su vez, en constante zozobra, hostigándole con unas partidas que salían una y otra vez, 'cual enjambre de avispas o de abejas de un panal' (*El escuadrón del 'Brigante'*, II, 5 y 6). Oigamos, también, a este respecto, a Che Guevara: «Es preciso atacar constantemente. No hay que dejar dormir al soldado enemigo que se encuentre en la zona operacional» (véase Miguel Artola, *La guerra de guerrillas*).

En suma, la actividad incesante y el nunca detenerse mucho tiempo en ningún sitio constituyen táctica y medida de seguridad básicas, en lo cual vuelve a surgir el paralelismo con el piloto de combate, que maniobra continuamente para no verse sorprendido.

Según el general napoleónico Blake, el arte magno del guerrillero consiste en 'atacar siempre y no verse jamás forzado a aceptar combate' (véase Artola, op. cit.). Mao Tse-tung declara que es esencial «...concentrar fuerzas numerosas para derrotar pequeñas unidades del enemigo... reducir al mínimo la duración de las operaciones... esforzarse por conservar las fuerzas propias... Cuando estamos comprometidos en un combate que no podemos ganar, conviene no continuarlo... Saber retirarse es una de las características del partisano» (véase Artola, op. cit.). A esto añade Che Guevara su grano de arena al afirmar que «nunca conviene librar batalla, combate o escaramu-



za que no esté ganada de antemano» (véase Artola, op. cit.). Galdós, por su parte, reconoce, sin ambages, que, ante un enemigo numéricamente superior, «los guerrilleros no se retiran, huyen»; sin embargo, en ellos, «el huir no es vergonzoso», es táctica (*El Empecinado*, V); en lo cual volvemos a comprobar la coincidencia con los pilotos de caza, varios de los cuales, en sus memorias, subrayan la importancia de no meterse, a lo loco, con una fuerza enemiga más numerosa: «Hay que ser cerebral y no exponerse sin necesidad» (W. A. Bishop, *La guerra con alas*, p. 170); si ellos son más, el ataque, de realizarse, debe ser repentino, y la retirada rápida. No obstante, como ya hemos comprobado, tanto los guerrilleros como los pilotos de caza se han distinguido, muchas veces, precisamente por su temeridad.

También de suma importancia es la vigilancia: «Aquí no hay descanso», dice Mosén Antón, «aquí se come lo que se encuentra, y se descabeza un sueño con el dedo puesto en el gatillo, dormido un ojo, despierto y vigilante el otro» (*El Empecinado*, II); «Despierto, vigilante, inquieto, Mosén Antón escudriñaba con sus ojos de buitre el estrecho horizonte del valle y las cercanas colinas» (op. cit., IV); «La travesura de los grandes guerrilleros puede compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora, las cuales... atisban la víctima descuidada y tranquila para caer sobre ella» (op. cit., V). El guerrillero no cesa nunca de «mirar, mirar y remirar», como el cazador orteguiano (*La caza: El hombre alerta*), o como el 'cazador' aéreo; no deja nunca de observar, de escudriñar; está a la que salta, siempre alerta, siempre ojo avizor, y se trata precisamente del ojo venatorio del halcón, del gerifalte, del águila o del cernícalo. Nótese, a este propósito, que el lema de la escuadrilla de García Morato era 'Vista, suerte y al toro', y que su insignia constaba de tres aves: el halcón, la avutarda y el mirlo. «Tal vez», dice Unamuno, «desde estas mismas alturas, el inmortal Zumalacárregui escudriñó alguna vez, con mirada de águila zorruna, los mil repliegues del terreno, meditando la caza del hombre» (*De Oñate a Aitzgorri*); «Mosén Antón», dice *El Empecinado*, en el capítulo XIV de la obra galdosiana, «es capaz de quitarles su puesto a los cernícalos para acechar la carne que pasa», y, en el capítulo V, leemos que «con mirada de águila, el caudillo ve mil accidentes escondidos a los vulgares ojos». Según Baroja, el cura Merino «tenía sentidos muy finos y despiertos; veía, a enormes distancias, la hora en el reloj del campanario de una iglesia; distinguía, a lo lejos, por la forma del polvo, si llegaba caballería o infantería» (*El escuadrón del 'Bri-gante'*, II, 3).

El guerrillero, dedicado a mirar insistentemente, ve lo que no ve el enemigo, y, aprovechando al máximo esta ventaja, improvisa en el acto y hace siempre lo imprevisto, abalanzándose inesperadamente sobre la presa, y atacando sin cesar las comunicaciones, para que el enemigo, privado de noticias, 'vea' lo menos posible.

El terreno se escudriña con mirada de águila; el plan se traza con astucia

de raposo, y el ataque se realiza con zarpa de tigre: 'tigre' le dice Baroja al 'Brigante'; 'tigre' era Cabrera: 'el tigre del Maestrazgo'; 'tigre' era Mao Tse-tung: 'el tigre de la montaña'.

Como ya hemos constatado, el estar siempre alerta es, igualmente, obsesión del piloto de caza. Veamos, ahora, unas palabras de García Morato: «Era mi criterio vivir sólo con lo indispensable. Quería tener a los pilotos en todo instante al lado de los aviones, para estar dispuestos a actuar en todo momento, bastando pocos minutos para poder salir a cumplir la orden que se recibiese. Y para esto era necesario vivir con austeridad, disciplina e incomodidad... Y, dándome cuenta de la importancia vital que para el piloto de caza tiene un estado físico perfecto... me dedicaba a realizar, con mis 'cazadores', ejercicios que conservasen su aptitud» (*Guerra en el aire*, p. 75). *La consigna fundamental*: evitar, a toda costa, que le cojan a uno desprevenido, y, de ser posible, coger desprevenido al enemigo.

Efectivamente, en esencia, se trata de la sorpresa: «Las guerrillas son la sorpresa», dice Galdós. El enemigo se ve constantemente desconcertado por unas fuerzas vertiginosas, que, antes de asestar el golpe, son invisibles, y, después, inaprensibles: «Se condensan como los vapores atmosféricos, para llover sobre el enemigo cuando menos éste lo espera, y, para escapar a la persecución, desparrámanse como el humo» (*El Empecinado*, V). «Eramos como la tempestad, que no se sabe dónde va a caer, ni es vista sino cuando ya ha caído» (op. cit., IX). Es sumamente interesante comprobar hasta qué punto el guerrillero se comporta, alternativamente, como animal de presa y como caza o pieza, y constatar que, según Ortega, «la caza es siempre escasa y se caracteriza por *no estar ahí*» (*La escasez de piezas*).

Con esta estrategia, basada en el arte de reunirse y dispersarse fantasmalmente, estrategia de escamoteo, no hay líneas, no hay fortificaciones, no hay nada estable, prácticamente no hay batallas, casi no hay contra qué luchar. Como dice Galdós, «los esfuerzos del ejército atacado son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes» (op. cit., cap. V), o bien, como dice Lawrence de Arabia, no se puede luchar con un 'gas', con un 'hálito': «Me puse distraídamente a calcular cuántos kilómetros cuadrados serían [los de la zona que pretendíamos liberar]: ochenta, cien, ciento veinte, quizás ciento sesenta mil. Y los turcos ¿cómo habrían de defender todo aquello? Sin duda, con un frente de trincheras, en el caso de que llegáramos en forma de ejército, con banderas desplegadas. Pero, ¿y si fuéramos (como muy bien cabría que fuésemos) una influencia, una idea, un algo invisible, invulnerable, sin vanguardia ni retaguardia, un algo que flotase de un lado para otro como un gas? Los ejércitos son como las plantas: inmóviles, de raíces fijas; son como plantas dotadas de largos tallos que nutren la cabeza. En cambio, nosotros podríamos ser como un hálito, volando por donde nos viniese en gana. El reino nuestro era el espíritu de los hombres; e igual que no necesitábamos nada material para vivir, de modo análogo, tampoco teníamos ne-

cesidad de ofrecer al enemigo nada material que atacar. Caímos en la cuenta de que el soldado turco, dueño sólo de lo físicamente ocupado, sojuzgando únicamente lo que, bajo orden, pudiera encañonar con el fusil, al verse sin diana, se sentiría, sin duda, desorientado» (*Los siete pilares de la sabiduría*, XXXIII). Con lo cual, como colofón y volviendo a la guerra de la Independencia, podemos compaginar muy bien estas palabras de Artola: «...los ejércitos franceses son dueños sólo del terreno que pisan, y apenas lo abandonan cuando vuelve automáticamente a caer bajo el control de las partidas» (*La guerra de guerrillas*).

#### IV. *El terreno: las alturas y el campo venatorio*

En cuanto al escenario de la actividad del guerrillero, son sumamente significativas las siguientes palabras de Galdós: «Su principal arma no es el trabuco ni el fusil: es el terreno; sí, el terreno, porque, según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso prestándose a sus maniobras. Figuraos que el suelo se arma para defenderse de la invasión... eso, y nada más que eso, es la lucha de partidas; es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose» (*El Empecinado*, V).

En la lucha de partidas, el espacio geográfico no es neutral, sino aliado de los partidarios, que, como dice Mao Tse-tung, «se mueven por él y entre la gente como el pez por el agua», mientras que, según acabamos de ver, el enemigo no domina más que aquello que literal y materialmente pisa.

El guerrillero tiene un conocimiento excepcional de la geografía. Tal, el cura Merino y Zumalacárregui, que se conocían el terreno como los pastores y los contrabandistas, siendo, en efecto, muchos de sus hombres 'pastores ágiles y fuertes', hombres del campo que «conocían la sierra como su casa... montañeses ligeros que conocían el terreno palmo a palmo» (Baroja, *El escuadrón del 'Brigante'*, III, 3 y 4).

Y, dentro del campo de operaciones, las zonas que más importan, las decisivas, son las altas. Cuando estalla la guerra de la Independencia, la gente se echa a la calle, al campo o al monte, pero sobre todo al monte. Y es que, como dice Baroja, «la guerra en la montaña tiene, indudablemente, grandes atractivos; el paisaje cambia a cada paso, el aire está fresco, el cielo azul; no hay polvo, no hay marchas fatigosas, el agua brota de todas partes (op. cit., II, 4). En *El Empecinado*, leemos que «el andar a tiros por montes y breñas es una afición que tienen muchos españoles en la masa de la sangre», y que a Mosén Antón le encantaba 'enriscarse' en una altura para sorprender al enemigo (cap. IX y XIV). Cabrera tenía gran afición a los peñascos; y el cura Merino «corría por los precipicios como si fuese en llano» (Baroja, *El escuadrón del 'Brigante'*, II, 3). El hombre con afán de lucha y de dominio, de libertad y de vida emocionante pica alto: como el águila y el

piloto de caza, busca las alturas. Oigamos a García Morato: «...he sido más bien *travieso* por gustarme todo aquello que llevaba consigo algo de emoción y prohibitivo... excursiones por el campo entre riscos y precipicios, con el auxilio de mis defensas musculares y de mi buena fortuna...» (*Guerra en el aire*, p. 14).

Incluso antes de la época romana, los bandoleros hispánicos «anidaban, como los pájaros de presa, en los escarpes de las sierras... Del monte y de la sierra bajaban al llano, cayendo de modo imprevisto sobre el pueblo o aldea elegido como víctima», y, en la lucha contra las legiones invasoras, «todas las maniobras de ataque y de defensa [de las tribus lusitanas y carpetovetónicas] estaban plegadas a la naturaleza del terreno, que, de intento, se solía buscar entre los de condición más áspera, con el fin de facilitar el ocultamiento tanto al dar el golpe como al rechazar la réplica» (García y Bellido, *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*, pp. 5-6 y 48). Viriato daba muchísima importancia a operar en la montaña y no en la llanura. Al fin y al cabo, el guerrillero cuenta, casi siempre, con una fuerza inferior en número y en potencia de armas, y pretende, a todo trance, evitar el tener que enfrentarse con el enemigo a campo abierto.

Ortega sostiene que «sólo es de verdad campo el campo de caza; las otras formas de él no son ya puro campo: ni el campo de labranza, ni el campo de batalla, ni el campo del turista» (*La caza; Vacaciones de humanidad*). Y es de notar que el guerrillero, al actuar en pequeña escala y rehuir el 'campo de batalla' o, mejor dicho, la 'batalla campal', se aproxima, en espíritu, mucho más al cazador que al militar formal. De modo que, en el escenario de campo y monte elegido por el guerrillero, el drama que se representa es, en muchos sentidos, de tipo cinegético. El guerrillero va a la caza del enemigo, cual 'sabueso que adivina la presa' (Galdós, *El Empecinado*, IV). En Santillana del Mar, Unamuno evoca 'tiempos de una barbarie ingenua en que la guerra era caza' (*Por tierras de Portugal y de España: Excursión*). Del cura Merino, nos dice Baroja que «no había, en todo el país, escopeta como la de aquel Nemrod de sotana (*El escuadrón del 'Brigante'*, II, 3); en el galosiano episodio nacional *Zumalacárregui*, un personaje declara que, si no guerrero, ha sido cazador, y que «allá se va lo uno con lo otro» (cap. VIII); y el mismo Empecinado, poniendo inconscientemente de manifiesto la conexión etimológico-semántica que hay entre 'capturar' y 'cazar' (<captum L.), dice, en un momento crítico, lo siguiente: «Esta noche, les encontraré en un lado o en otro, y me cazan o les cazo» (Galdós, *El Empecinado*, XIV).

En parecidos términos se expresan, a menudo, los pilotos de combate. En su *Guerra en el aire*, García Morato nos cuenta lo siguiente: «...desde el primer día [de la Guerra Civil] presté mis servicios como cazador, que era lo que, por mi carácter y facultades, cuadraba más en mí (p. 17); en otro pasaje, nos dice que el jefe de cierta escuadrilla o 'grupo de caza' iba

'seguido de sus fieles lebreles'; y, en una fotografía, le vemos en una finca abulense, donde, 'cuando tiene algún rato libre, se distrae cazando' (pp. 48-49). Dejemos, ahora, que hablen dos pilotos anglosajones, cuyo grito de guerra predilecto era, precisamente, el grito de cazador 'tally-ho': «La emoción de la caza me producía una gran exaltación... el alemán se había convertido en una especie de conejo o pieza humana» (W. A. Bishop); «Lo nuestro me hace pensar en la caza del pato salvaje» (Charles Biddle). Y el célebre as alemán Manfred von Richthofen, gran aficionado a la 'jagd', decía: «Yo soy cazador. Cuando abato a un inglés, tengo saciada, durante un cuarto de hora, mi ansia de cazar». Evidentemente, estos aviadores eran, como los guerrilleros, auténticos 'leopardos con alas'. Y no deja de ser significativo que, como en otras lenguas, en alemán, en francés y en español, el avión de combate se llame, respectivamente 'Jagdflugzeug' o 'Jäger', 'avion de chasse' o 'chasseur' y 'avión de caza' o, simplemente, 'caza'.

Comprobamos que el cazador, el guerrillero y el piloto de combate comparten la capacidad y el afán de identificarse con el medio ambiente y de sacarle el máximo provecho. «El cazador», dice Ortega, y bien pudo haber añadido 'como el guerrillero', «ve todo y ve cada cosa funcionando como facilidad o dificultad... viento, luz, temperatura, relieve de la tierra, minerales, vegetal tienen su papel, actúan, intervienen en el drama» (*La caza; Vacaciones de humanidad y Cazador, el hombre alerta*), igual que, para el aviador, el aire, la luz, el sol y las nubes actúan en el drama suyo. Es decir, que la 'pequeña tragedia zoológica' orteguiana corre parejas con la pequeña tragedia bélica del partidario y del aviador.

V. *Instinto, intuición e inspiración;  
imaginación y romanticismo;  
misterio y rito*

Otro concepto que, en relación con la psicología guerrillera, surge con mucha frecuencia es el de lo instintivo.

Nos dice Galdós que las guerrillas «se organizan como se disuelven: por instinto, por ley misteriosa de su inquieta y *traviesa índole*» (*El Empecinado*, XXVII); se trata de una 'organización militar hecha por milagroso instinto a espaldas del Estado', de unos 'ejércitos espontáneos, nacidos en la tierra como la hierba nativa' (op. cit., cap. I), y del mismo Empecinado leemos que «Su espíritu estaba por íntima organización instruido en la guerra y no necesitaba aprender nada. Organizaba, dirigía, ponía en marcha fuerzas diferentes en combinación, y ganaba batallas sin ley ninguna de guerra; mejor dicho, observaba todas las reglas sin saberlo, o de la práctica instintiva hacía derivar la regla» (op. cit., cap. V).

Oigamos, ahora, a Baroja, hablando del cura Merino: «Merino, por instinto, sin aprenderlo de nadie, era un gran técnico, ... Comprendía instinti-

vamente que de sus guerrilleros toscos podía sacar lecciones, y las aprovechaba. ...en el fondo, era uno de tantos campesinos en el cual se habían perfeccionado los instintos guerreros como en un perro se perfeccionan los instintos de caza. ...se ve que la guerra, en el fondo, es un producto instintivo» (*El escuadrón del 'Brigante'*, II, 3 y 5).

En su ensayo sobre Zumalacárregui, Martínez Campos afirma que el guerrillero es un hombre que «tiene gran confianza en lo que piensa..., y tiene fe en su ciencia, que es sólo instinto». Y del mismo don Tomás dice que «Tenía el instinto de la guerra, y mucho don de mando. ...Luchaba con la hora, y ganaba casi siempre. Ganaba porque su instinto le decía lo que el tiempo autorizaba». Compárense estas palabras de García Morato: «...tenía una gran fe en mí mismo. ...en esa certeza que me daba aquella intuición, hice los preparativos necesarios para anular la efectividad del ataque rojo. Preparé el combate... No me engañó mi instinto de 'cazador'» (*Guerra en el aire*, pp. 26 y 65).

Aquí ya asoma el concepto afín de la intuición. Se trata de un temperamento que, a pesar de la cautela que, en muchos casos, le caracteriza, se guía, en los momentos decisivos, más que por nada, por la 'corazonada', y, a este respecto, es curioso comprobar qué poca diferencia hay, con frecuencia, en el mundo hispánico, entre el guerrillero, por un lado, y el militar de carrera y el político, por otro. Oigamos, por boca de Cánovas del Castillo y del marqués de Salamanca, a Valle-Inclán: (Habla Cánovas) «Espartero, O'Donnell, Narváez, fueron en todo momento políticos de corazonadas. La intuición de los guerrilleros, única norma de los militares españoles, imprime carácter a su actuación de gobernantes. ¡Y era fatal que así sucediese! Si en el arte militar, que tanto tiene de ecuación algebraica, lo habían fiado todo al instinto, nada más lógico que actuasen en la gobernación con un igual desprecio por la ciencia política. Zumalacárregui: un gran instintivo. Probablemente, en otro tablero militar hubiera fracasado. Conocía el terreno como los pastores y los contrabandistas, hacía la guerra allí donde había nacido. Es el caso de todos nuestros guerrilleros fracasados en las campañas de América. Martes analfabetos que no podían leer un plano, como le ocurre hoy al héroe de los Castillejos. Otro gran instintivo». (Y contesta el marqués de Salamanca) «Es lo que da la tierra. Usted, como es un pozo de ciencia, nos desprecia a todos los instintivos: me cuento en el número. ¿Qué hubiera sido de mí sin un poco de quinqué? Andar con las suelas rotas. Los sabios, para las cátedras, para las academias... En la guerra, en la política, en las finanzas, el golpe de vista» (*Baza de espadas, ¿Qué pasa en Cádiz?*, VIII).

Muy interesante para nuestro propósito resulta la siguiente descripción del general y dictador Primo de Rivera, según la visión de Salvador de Madañaga: «Hombre representativo, ...espontáneo, intuitivo, ...imaginativo, ...dado a resolver los problemas complejos con sencillez pastoral, y a obrar,

pensar y sentir con un punto de vista irremediamente personal. ...trabajaba por instinto e inspiración. Con la intuición y la experiencia pudo hacer tales milagros, que se explica no concediese mayor importancia al estudio» (*España*, pp. 323-325).

Obsérvese cómo, en esta cita, aflora un nuevo factor: el imaginativo, y compárense estas palabras de Walter Laqueur: «En la guerra de partidas, hay un elemento de imaginación romántica a lo Byron» (*En dudosa batalla*, TLS, 1-8-75).

Y, otra vez, podemos volver a establecer el mismo tipo de paralelismos que en las secciones anteriores. Ya hemos visto, en un escrito de García Morato, la palabra 'intuición', y, en los de los pilotos de combate en general, no faltan abundantes ejemplos del empleo de vocablos similares, como 'presentimiento' y 'corazonada'. En cuanto a la caza, acabamos de ver, en una cita barojiana, una comparación entre los instintos guerreros y los cinegéticos, y nos encontramos con que también Ortega le da apreciable importancia al concepto del instinto y de la inspiración: «Cierta día [el hombre] tuvo una inspiración genial, y, para detectar al animal caudísimo, recurrió al instinto detective de otro animal; solicitó su ayuda. Esta es la entrada del perro en la venación... Ahí está el perro, que era desde siempre y por propia inspiración, cazador entusiasta» (*La caza: De pronto, se oyen ladridos*).

Y, por fin, consignemos que el factor romántico, de imaginación y de embriaguez espiritual que se manifiesta tanto en el guerrillero y el piloto de combate como en el cazador, entraña muchas veces un elemento misterioso, místico o religioso. Fernando Díaz-Plaja dice que Merino «personificaba, en su doble personalidad de cura y guerrillero, las dos fuerzas que movían a las masas: patriotismo y religión (op. cit.). Abundando en ello, Raymond Carr, en su *España, 1808-1939*, declara que, como consecuencia de la guerra de la Independencia, se forjó en torno a las grandes figuras guerrilleras una especie de leyenda misteriosa, casi mística ('the mystique of the guerilla', op. cit., p. 105), leyenda que, con el fervor carlista, llegó, en el caso de un Zumalacárregui, a adquirir unas dimensiones excepcionales: «Zumalacárregui invadió la Ribera de Navarra... Bien podría denominarse aquel movimiento procesión militar, porque el afortunado guerrero del absolutismo llevaba consigo el santo, para que los pueblos lo fueran besando unos tras otros, al paso, con religiosa y bélica fe, acto que se efectuaba con suma presteza conforme a la movilización prodigiosa» (Galdós, *Zumalacárregui*, I).

Y no falta, en Ortega, el paralelismo del 'rito sutil' de la caza: «En rigor, el sentido de la caza deportiva no es elevar al bruto hasta el hombre, sino algo mucho más espiritual que eso: una consciente y como religiosa humillación del hombre que liga su prepotencia y desciende hacia el animal. He dicho 'religiosa', y no me parece excesivo el vocablo. Porque en el hecho universal de la caza se manifiesta, como ya he apuntado, un misterio fascinante de la Naturaleza: la jerarquía inexorable entre los seres vivientes.

Todo animal está en relación de superioridad o de inferioridad con respecto a otro. La igualdad estricta es sobre manera improbable y anómala. La vida es un terrible certamen, un concurso gracioso y atroz. La caza deportiva sumerge al hombre deliberadamente en ese formidable misterio, y por eso tiene algo de rito y emoción religiosos, en que se rinde culto a lo que hay de divino, de trascendente en las leyes de la Naturaleza» (*Caza y ética; Vacaciones de humanidad*).

Y, llegada la hora de la verdad, ¿qué son, efectivamente, las asechanzas del cazador, las estratagemas del guerrillero y las acrobacias del piloto de combate sino 'rito sutil', cinegética o bélica danza de la muerte? Pues hasta la *travesura* se ritualiza.

#### BIBLIOGRAFIA

- ARTOLA, M.: *La guerra de guerrillas*, Madrid, Revista de Occidente, enero 1964.  
BAROJA, P.: *El escuadrón del "Brigante"*.  
BENAVENTE, J.: *La malquerida*.  
BISHOP, W. A.: *La guerra con alas* (Winged Warfare), Londres, Hodder and Stoughton, 1918.  
CARR, R.: *España 1808-1939* (Spain 1808-1839), Oxford, 1966.  
DÍAZ-PLAJA, F.: *Otra historia de España*, Barcelona, Plaza y Janés, 1973.  
GALDÓS: Véase Pérez Galdós.  
GARCÍA MORATO, J.: *Guerra en el aire*, Madrid, Editora Nacional, 1940.  
GARCÍA Y BELLIDO, A.: *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*, Madrid, CSIC, 1945.  
LAQUEUR, W.: *En dudosa batalla* (In Dubious Battle), Londres, Times Literary Supplement, 1-8-75.  
LAWRENCE, T. E. (Lawrence de Arabia): *Los siete pilares de la sabiduría* (The Seven Pillars of Wisdom), Londres, Jonathan Cape, 1935.  
MARTÍNEZ CAMPOS, C.: *Figuras históricas*.  
ORTEGA Y GASSET, J.: *La caza (y la caza solitaria)*, Madrid, Revista de Occidente, 1960.  
PÉREZ GALDÓS, B.: *Juan Martín, el Empecinado*.  
— *La campaña del Maestrazgo*.  
— *Zumalacárregui*.  
SENDER, R. J.: *Valle-Inclán y la dificultad de la tragedia*, Madrid, Gredos, 1965.  
UNAMUNO, M. de: *Por tierras de Portugal y de España*.  
VALLE-INCLÁN, R. M. del: *Baza de espadas*.  
— *La media noche: visión estelar de un momento de guerra*.